

QUERIENDO SER

Delfina Careaga



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Educación
ALFREDO BARRERA BACA
Rector

Maestro en Estudios Urbanos y Regionales
MARCO ANTONIO LUNA PICHARDO
Secretario de Docencia

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Secretario de Investigación y Estudios Avanzados

Maestra en Comunicación
JANNET SOCORRO VALERO VILCHIS
Secretaria de Rectoría

Doctor en Artes
JOSÉ EDGAR MIRANDA ORTIZ
Secretario de Difusión Cultural

Doctora en Educación
SANDRA CHÁVEZ MARÍN
Secretaria de Extensión y Vinculación

Maestro en Economía
JAVIER GONZÁLEZ MARTÍNEZ
Secretario de Finanzas

Maestro en Diseño
JUAN MIGUEL REYES VIURQUEZ
Secretario de Administración

Doctor en Ciencias Computacionales
JOSÉ RAYMUNDO MARCIAL ROMERO
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Maestra en Lingüística Aplicada
MARÍA DEL PILAR AMPUDIA GARCÍA
Secretaria de Cooperación Internacional

Doctora en Diseño
MONICA MARINA MONDRAGÓN IXTLAHUAC
Secretaria de Cultura Física y Deporte

Doctor en Ciencias Sociales
LUIS RAÚL ORTIZ RAMÍREZ
Abogado General

Maestro en Relaciones Interinstitucionales
JORGE BERNALDEZ GARCÍA
Secretario Técnico de la Rectoría

Maestro en Promoción y Desarrollo Cultural
GASTÓN PEDRAZA MUÑOZ
Director General de Comunicación Universitaria

Maestra en Administración Pública
GUADALUPE OFELIA SANTAMARÍA GONZÁLEZ
*Directora General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales*

Maestro en Derecho Fiscal
JORGE ROGELIO ZENTENO DOMÍNGUEZ
Encargado del Despacho de la Contraloría Universitaria

Queriendo ser

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Educación

Alfredo Barrera Baca

Rector

Doctor en Artes

José Edgar Miranda Ortiz

Secretario de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge E. Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

Delfina Careaga

QUERIENDO SER



Universidad Autónoma del Estado de México

"2020, Año del 25 Aniversario de los Estudios de Doctorado en la UAEM"

Este libro fue positivamente dictaminado con el aval de dos revisores externos, conforme al Reglamento de la Función Editorial de la UAEM.

Primera edición, septiembre 2020

Queriendo ser

Delfina Careaga

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 3835 y 36

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-198-9

Hecho en México

Editor responsable: Jorge E. Robles Alvarez

Coordinación editorial y diseño de portada: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Silvia Martínez García

Diseño: Eva Laura Rojas Almazán



*Dedico este libro a un espacio, a un estado, a una ciudad que por
elección la considero mi hogar: a mi querida Toluca,
así como a todos los toluqueños, quienes cálidos
y fraternos me brindan su hospitalidad.*

Contenido

Sueño	11
El sacrificio de mamá	13
Feliz cumpleaños	15
La escuela	19
Viajeros	21
Cotidianidad	25
El espejo	29
Punto de vista	33
La nada dentro de la niebla tupida... ¿Sabiduría?	35
Retorno	39
La primavera	43
El verano	47
Vivir es muy peligroso	51
El origen de la vida	53
Sea por Dios	57
<i>La vie en rose</i>	61
Los buenos siempre triunfan	65
El tesoro de Felipe	69
El niño	73
La tentación de existir	75
El espejo 2	79
Recuerdo que...	81
La memoria traicionera	83
El miedo	85
Un domingo diferente	87

*Que a cada sucesiva derrota hay
un acercamiento a la mutación final, y
que el hombre no es sino que busca ser,
proyecta ser, manoteando entre palabras
y conductas y alegría salpicada de sangre
y otras retóricas como ésta.*

JULIO CORTÁZAR

Sueño

Tiene razón Jorge Luis Borges, el sueño es algo más que descansar. Hace meses que me sueño en un mismo lugar, parece una ciudad. De pronto estoy en un mercado en donde se venden “ilusiones” que no puedo percibir porque son cuadros enmarcando una simple neblina. Recorro algunos puestos. Existe también una rotonda muy grande en medio de un bosque. A veces me parece que puede ser una que conozco en la colonia Polanco de la CDMX, pero no: ésta resulta inmensa. En otros momentos estoy arriba de un camión urbano, como los de México, que transita por calles estrechas de construcciones muy altas, las cuales pienso que se parecen a las de Puebla. Todo en silencio. En el autobús no sé a dónde bajarme para llegar a mi casa. ¡Y entonces caigo en la cuenta que tampoco sé a dónde vivo! Me preocupo. Creo ver a los pasajeros, pero son pura gente desconocida. De repente percibo que vamos por la avenida Insurgentes (de CDMX). ¡Ah, me acuerdo que por esa calle se llega al Parque México! ¡Ahí vive mi hijo!, pero ¿cuál hijo?... Yo me veo jovencita y embarazada, entonces todavía no nace como es en la realidad un hombre de más de sesenta años. Mi preocupación crece y

ahora se parece a la angustia. En ese instante me encuentro en lo que yo supongo que es Chapultepec. Entre los árboles, voy por una vereda que asciende no sé a dónde, pero antes de lo que me pueda imaginar, ya estoy a las puertas de un edificio majestuoso. La gente entra y sale. Yo entro. Me saludan amigablemente y me puedo dar cuenta que es la oficina donde trabajo. Un señor, sonriente, me pregunta (sin sonido) que dónde está el trabajo que me mandó hacer. Me siento culpable. Ignoro de qué me habla. De la rotonda, tomo una calle con un camellón de palmeras. Parece que ando en el trópico. A mi izquierda me detengo sorprendida para ver un hermosísimo y medieval castillo, como el de las películas. Al acercarme me topo con un letrero que dice: SE RENTA DEPARTAMENTO. Me alegra, ¡por fin he hallado mi hogar! Entro y empiezo a caminar hasta que, asustada, advierto que es un laberinto. Doy vueltas a la derecha, izquierda, derecho... En ese instante el sueño ya no tiene imágenes y duermo profundamente el resto de la noche. Después de un tiempo impreciso, llega el día. Me despierto y sonrío al recordar este sueño tan absurdo y que me sigue noche a noche... Pero durante la mañana, escribiendo en esta computadora, debo aceptar, ¡por fin!, que estoy perdida.

El sacrificio de mamá

Lo recosté con mucho cuidado para no despertarlo. Estaba malito. Había vomitado. Ya en otras ocasiones lo hizo, pero no sé por qué me asusté ahora. Pero no... siguió dormido, tranquilo tranquilo. Lo arropé y le di un beso en su cabecita rizada. Nunca me canso de mirarle su pelo tan sedoso y suave. Tan blanco. Verdaderamente son rosquitas que mimosas se enrollan en los dedos. ¡Lindo que es mi chiquito!... El amor de una madre aumenta día con día. Cuando nació pensé que no duraría mucho porque era tan pequeñito... pero San Petronilo me lo salvó —ese santo jamás me falla— y mi niño empezó a crecer y a crecer... Ya cumplió los tres años. Me hace reír mucho con sus ocurrencias, aunque a veces me desespera; por ejemplo, eso de no quererse poner el pañal... Pero no puedo castigarlo... Prefiero pasarme la vida limpiando el suelo. ¡Y es que lo quiero tanto! a pesar de que es enojón y agresivo. Sin embargo, también resulta cariñosísimo, ¿ustedes creen?: me mata de ternura a beso y beso cuando llego de la calle. La verdad es que yo no acabo por entenderlo..., gruñe y tira la tarascada por cualquier cosa. ¡Claro que lo regaño pero... A pesar de que es chiquito se ha vuelto el más bravo de toda esta calle. ¡Sea por Dios!

Feliz cumpleaños

No, no era sólo por ser gordo... ni por tener tantos barrotes en la cara... ni porque en la escuela la maestra siempre acababa por llamarlo “burro”... No. Es que Nico tenía algo que chocaba y que en realidad no se sabía la razón. Atento, muy educado, cariñoso, nunca se negaba a hacer cualquier favor. Pobre. Pero el caso es que no... ningún niño de la clase lo quería.

Abi les había dicho que para la fiesta de su cumpleaños los esperaba a todos a las cuatro de la tarde para tener tiempo de jugar y a las seis, más o menos, cortar el pastel. Y ahí estaba prácticamente toda la clase, dispuestos a pasarla maravillosamente bien. En una conversación, dos niñas comentaban que los padres de Abi tuvieron que ir urgentemente a otra ciudad cercana por unos asuntos de terrenos y que por ello, y sólo en esta ocasión, dejaban como adulto responsable a doña Prudencia.

Era un muy amplio cuarto lleno de colores, de juguetes, de mesas y sillas, de cómodos sofás, independiente de la casa sólo para que Abi jugara a gusto con sus amiguitos. La única puerta era de cristal blindado que daba hacia el elegante jardín de la casa. Cuando, con los ojos de la imaginación, los miré entrar

en ese espléndido salón de juegos, sentí algo extraño en el aire, en el cielo azul, en los árboles del jardín, como... pues como un presagio, pero no tardé en escapar de esa sensación.

Esta vez no fue ningún payaso, bueno, quiero decir que no fue ningún payaso “profesional”, pero en cambio sí estuvo presente doña Pruden, la bisabuela de Abigail. Y eso resultó lo mejor de la fiesta. Con la viejita de 104 años (siempre sonriendo y enseñando sus grandes encías) lloraron todos de risa por las cosas absurdas que hacía y decía la anciana, guiada por su muy avanzado alzheimer. Su enfermedad les desató la imaginación. La inocente se dejó peinar sus blancos y pocos cabellos que gracias a tanta vaselina que usaba pudieron subirlos formando dos puntiagudos cuernos. Ella seguía sonriendo. Después se les ocurrió obligar a Nico a que se sentara en sus piernas. ¡Hubieran visto las carcajadas que casi los ahogaban cuando doña Pruden luchaba por no perder el equilibrio con el peso exagerado de Nico en sus débiles rodillas. ¡Ambos, sin dejar de sonreír, casi ruedan por el suelo! Fue cuando se dieron cuenta que Nicolás era el complemento perfecto a las payasadas que necesitaban para divertirse. Los hicieron bailar; hubo un momento en que la anciana se cayó de rodillas y el tonto de Nico siguió bailando con ella sin dejarla levantar. Hubo niñas que casi se desmayaban de la risa. Después ayudaron a doña Pruden a ponerse de pie. Su corazón latía tan fuerte y apresurado que por un instante dejaron de reír y la sentaron en el sofá para que descansara un poco. Al rato volvió a ampliar su boba sonrisa y ellos se repusieron del susto; entonces le colocaron un velo blanco sobre el rostro y en una ceremonia loca casaron al niño con la anciana. Nico, que ya no sabía cómo quitarse las bromas de encima, curiosamente seguía sonriendo, pero ahora con dos o tres lágrimas resbalándose de unos ojos enormes que

pedían piedad. Pero sus compañeros, de tan poca edad, qué iban a pensar en nada más que en entretenerse.

Una chimenea de blanco mármol bullía alegremente con las lenguas de fuego que cada vez alcanzaban mayor altura. Y resulta que inventaron otro juego: pusieron a la viejecita y a Nico atados a una columna de la sala y empezaron a prender hojas de papel y a aventarlas como tiro al blanco hacia la anciana y el niño. Excuso decirles que la sonrisa de Nicolás desapareció por completo y empezó a dar gritos de auxilio. Todos seguían aventando papeles incendiados de fuego y risa. Por eso no se dieron cuenta que Nico, en su desesperación, se había desatado y liberaba con una rapidez inimaginable a su anciana compañera. Justo cuando la cogió de la mano y materialmente la arrastró hacia la gran puerta que daba al jardín se prendió una de las magníficas sillas. Nadie lo notó, entre el pavoroso griterío de “¡alcáncenlos!, ¡no los dejen huir!”. La pobre vieja, jalada por Nico, volaba por los aires ante la carrera frenética del niño gordo. Por fin salieron y de inmediato Nico cerró la puerta con seguro y ambos se echaron sobre el pasto terriblemente alterados. La ancianita no tardó en cerrar dulcemente los ojos y Nico, con la mirada fija, veía cómo se incendiaba todo el salón junto con más de una docena de niños y niñas. Los gritos se estrellaban en la casa vacía. Nico volvió sus ojos hacia doña Pruden. Parecía dormir tranquilamente. Él se levantó, tapó a la viejita con su propio chal, se sacudió los pantalones y levantó la cabeza. ¡Era libre!

Intensamente feliz, la dicha no le dejaba sitio ni siquiera para una sonrisa.

La escuela

Lloraba. Me afianzaba del vestido de mamá, suplicaba.

Los primeros días fueron tan extraños como los últimos. Era otro mundo, otra familia, otras cosas por hacer; pero sobre todo, eran otros caracteres. Una profesora fea, chaparra y gorda, con lentes, gritona (en mi casa sólo gritaba la sirvienta). A la gorda todos la obedecían. Hablaba sin parar. Los niños seguían con sus conversaciones entre ellos, se sacaban los mocos. De pie. Y unos antes y otros después, la escuela completa se levantaba a cantar una canción absurda, de cañones y soldados, y guirnaldas de olivo. Deliraban. Ahí había cartones, cuadritos, muñecos, pero no había soldados con sus coronas. Con música, nos hacían decir otras tonterías que cantaban cómodamente sentados, como las que contaban de animales que hablaban como la gente y que también asistían al colegio, o de unas muchachas que hacían cosas que uno no podía hacer y que llamaban “hadas”; ¡puros disparates! Yo les seguía el juego. Luego había un rato de silencio cuando aparecía la profesora de la profesora, que llamaban La Dire. Alta, flaca, con piernas decía mi mamá que eran de chichicuilote cuando eran tan delgadas. Se las rompería en algún momento

de su vida. No podía ser de otra manera, a menos que no se levantara de la cama ni en los días soleados ni en las noches lluviosas. También hablaba, nos hablaba, menos a mí porque yo pensaba en darle nombre al caballito que se formaba con la cal del techo arriba de mi cama. A veces se escondía, entre surtidores de agua, vampiros, señores barbudos, pulpos... No obstante si no quitaba mi mirada, de repente lograba hallarlo: caballito arrepentido, con su cara bonita inclinada hacia mí.

Nos ponían a rayar hojas de papel con lápices de colores. Decía la jefa que eso era “pintar”. Estoy segura que se equivocaba. Todo era loco a rabiar. Los niños se reían, se les caía la baba, se orinaban encima de su banca, se enojaban y se peleaban. Hacían cara de perro que saca los colmillos. Arañaban, pateaban, se jalaban los pelos. Entonces yo aprovechaba para empujarlos. La mayoría se caía al suelo y todavía llenos de furia ni siquiera adivinaban quién los había hecho caer. Era de las pocas diversiones que podía conseguir. La profesora me puso un número 10 en la carterita que mamá debía firmar cada mes. Yo, siempre, fui una buena alumna. No era difícil: con sólo observar la demencia y permanecer con los labios pegados, era suficiente para ser un modelo de discípula.

Los siguientes años ya no supe cómo eran esas instituciones de gente enloquecida porque me negué rotundamente a que me volvieran a encerrar. Se enojaron, lloraron, se afianzaban a mi vestido. Ni siquiera les dije adiós. Subí al techo blanco. Me costó un tiempo saber de mi caballito. Entre cinco y treinta años después, lo volví a encontrar. Lo perdoné alzándole la cara hermosa con una caricia celeste, me subí a él y nos fuimos para siempre.

Viajeros

Terminaron de decidirlo como a las siete de la noche. ¿Entonces, mañana? Sí, mañana nos iríamos todos a Acapulco. Por fin habían quedado de acuerdo. La familia se dispersó a hacer su equipaje. Casi nadie merendó. Ya iban, ya venían. Cuando todo estaba listo, todavía se quedaron platicando en la recámara de los abuelos. Se había soltado un huracán de entusiasmo familiar. Todo estaba previsto: el chofer pasaría a las siete de la mañana por nosotros para llegar al puerto antes de anochecer y contar todavía con algún tiempo para meternos en el mar. A mi tía como ejecutiva de su oficina le daban una camioneta, el sueldo del chofer, el pago de las casetas de la carretera y toda la gasolina que gastara el vehículo. Muy bien, a las siete. Nos acostamos. La casa quedó aparentemente en silencio, al parecer, digo, porque nuestra imaginación seguía hablando y hablando de todo lo que íbamos a gozar en el viaje. El resto del insomnio se nos quitó cuando todos nos subimos a la camioneta. Era domingo y la ciudad descansaba. Se hablaba hasta por los codos. Risas. De pronto un frenón. La camioneta parada y bufando. Los abuelos, en el asiento delantero junto al chofer, eran los únicos que extrañamente

seguían sonriendo y conversando. Todos los demás, atrás, sentados alrededor de la *pickup* descubierta, azorados le preguntamos al chofer el motivo de haberse detenido. “Es la trimboncata”, yo escuché esa palabra. Nadie se atrevió a preguntar qué era eso. Pero el chofer no se bajó a mirar el motor. Siguió sentado muy serio, manipulando el volante como si realmente siguiera manejando. Por unos momentos todos quedamos en silencio. Nos habíamos detenido frente a un negocio de relojes, todavía sin salir del centro de la ciudad. Nosotros también esperábamos. Sin tomarlo en cuenta, a cada rato volvíamos la mirada hacia los relojes de la tienda (curiosamente la única abierta ese domingo y a tan temprana hora). Veíamos cómo la fina aguja del segundero, que no era otra cosa que un puñal pequeñito, iba comiéndose los palitos que representaban los segundos. ¡Ahum!... ¡Ahum!... los acuchillaba para tragárselos, así, uno por uno. Un tío volvió a preguntar al chofer, que le contestó con una incoherencia viendo el reloj de la tienda: “Ya pasamos Iguala. Ya pronto llegaremos al mar”. Seguimos esperando en silencio. Entonces una prima empezó a describirnos la última vez que estuvo en la playa. El sol. El agua fresca. Las olas y sus coronitas de espuma. Pisó un pequeño cangrejo. ¡El susto que se llevó! La comida, los chistes del tío Luis, la siesta cada uno en su cuarto del hotel. La mamá de mi prima, la tía Julia, siguió contándonos que después se levantaron, se alistaron y volvieron a subirse a la camioneta. Ahora a Pie de la Cuesta. Todos en la playa. Los mayores sentados en sillas plegadizas; los jóvenes, descalzos, pisando las colitas de las olas; absortos, vimos que el sol se metía; el mundo iba perdiendo la luz, poco a poco, las nubes se volvieron de oro y de cantera rosa, había algunas neblinas apenas rojas y otras, las más cercanas al horizonte lucían sus azules vestidos de princesa que arrastraban otras

nubecillas blancas. Se nos llenó el alma de un arrullo maternal acunando nuestros ensueños. El mayor de los tíos dijo una palabra errónea: ¡Negro! Y desapareció la playa, las sillas plegables, las hamacas, las toallas y las sandalias. Prendimos la luz. El comedor del hotel estaba casi lleno. Cenamos con mucha hambre y mis abuelos hasta pidieron una botella de sidra. Dormidos. Instalados en la nada. La aurora impaciente, espiaba por la hendidura de las puertas cerradas. Apareció mi prima hermana. Me restregué los ojos. Era ella de 90 años. Me llevé una mano al rostro y sentí el volumen seco de las arrugas. ¡Ay, la espalda! Me levanté como pude y me vi en el espejo del eterno ropero de la familia. Se acercó mi prima. Éramos dos ancianas encorvadas. “Perdóname que te haya despertado. Es que estaba preocupada —me dijo— porque ayer que platicamos de lo que fueron nuestras vacaciones de diciembre se me olvidó decir que en una única ocasión, una sola vez, no pudimos ir a Acapulco porque la *pickup* se descompuso el día anterior”. Casi no pude oírla y muerta de sueño me tiré en la cama. El reloj daba las siete de la mañana.

Cotidianidad

La medicina me la recetaron en gotas. Diez en la noche. Me dijeron que cuidara bien de tomar esa cantidad exacta: menos gotas no surtía efecto; más de diez alteraba la razón. Tomándola me sentí mejor de los nervios. Dormía muy bien, lo cual puede ser lo más importante para mí. Al cabo de un mes, más o menos, empecé a notar ciertas anormalidades. Si me levantaba, como siempre a las ocho de la mañana, me mareaba un poco, pero nada más. Pero un día que desperté después de esa hora todo era un caos. Creí que me había vuelto loca. Mi cuarto no era mi cuarto. Bueno, los muebles eran los mismos, pero no así las dimensiones de la habitación, que se había vuelto enorme, por lo que la distribución del mobiliario era también distinto. Mi cama se hallaba junto al balcón, con la cabecera hacia el exterior. Los demás enseres estaban colocados haciendo un círculo perfecto sin tomar en cuenta la necesidad de ubicarlos funcionalmente como los burós al lado de la cama. No, aquí formaban el círculo junto a sus compañeros: un buró al lado de una mesita de centro, junto a una cómoda... Me levanté de inmediato y así, en pijama, me dirigí al baño, que ya no era el cuarto de baño sino la cocina. La sala se había convertido

en el garaje y el comedor estaba en la azotea, así como el excusado y la regadera los descubrí en el saloncito de estar. Desesperada me vestí y salí apresuradamente hacia mi trabajo, esperanzada de que desaparecieran las alucinaciones. Ya en la calle no pude dar un solo paso del asombro, del miedo, de esa interrogante desgarradora: ¿qué estaba ocurriendo? Los autos caminaban por la acera y las personas a mitad de la calle, que se retorció en diez mil vueltas pero que no acababa nunca. No existían calles transversales. Era una sola e infinita avenida. Todas las tiendas estaban abiertas y sus productos apiñados a la intemperie. La gente caminaba con cuidado para no tropezarse con tantos artículos y de paso tomaba lo que quería pagándolo con una prenda de vestir. Esa era la razón por la que veía yo a tantas personas desnudas.

Con las dos manos me tomé la cabeza y corrí de nuevo hacia mi casa en donde busqué mi cama y me acosté, me cubrí la cara con las mantas y cerré los ojos rogando a Dios que me quitara de encima tan tremenda pesadilla. Ya más calmada pensé que todo ese delirio era consecuencia de las malditas gotas — mágicas, sin lugar a dudas— que de tal manera me obligaban a levantarme temprano. Una silenciosa rabia me sacudió todo el cuerpo. ¿Con qué derecho?... ¿Cómo podían comerciar lo demencial?... ¿Y mi empleo?; seguramente me correrían del trabajo al no poder llegar ni siquiera a la oficina... ¡Estaba furiosa! Tomé el frasco y me puse los anteojos: leería lo más detenidamente las instrucciones. Decía que, tomando la dosis apropiada, el medicamento mantenía la realidad personal, sin *stress*, ni inquietudes. ¿Realidad personal? ¿Qué quería decir eso? ¡Todo era estúpido y misterioso! Además, se prohibía revelar algunas sustancias exclusivas del laboratorio. Lo que sí podía mencionarse era que las gotas contenían: caléndula, ginkgo biloba, melisa, agripalma, escutelaria y hierba luisa...

Total, no entendí nada. De pura rabia, cogí el frasco y me eché a la boca todo su contenido, que pasé de un solo trago. Luego, cerré los ojos y me dormí como un bebé.

Al otro día desayuné en la azotea y miré la lista de lo que faltaba en la casa, así que me puse encima de mi ropa interior dos suéteres, tres faldas, cuatro pares de medias, otro par de zapatos en la bolsa del mandado, seis sacos y cuatro gabardinas. Yo soy muy friolenta y no quiero quedarme desnuda. Ya preparada, salí a la calle a comprar las cosas que desde mucho antes ¡ya me hacían falta!

El espejo

1. **Superficie de cristal**, cubierta en su cara posterior por una capa de mercurio o por una plancha de metal, en la que se reflejan la luz y las imágenes de los objetos que hay delante. Hay “espejo cóncavo; espejo convexo; espejo plano; las aguas de aquel lago eran un espejo”.
2. Cosa que retrata, refleja o da la imagen de algo. “La cara es el espejo del alma; su labor es reflejar esta irrealidad”.

Bueno, qué tontería buscar la palabra *espejo* en el diccionario. ¿Quién no sabe lo que es un espejo? Yo tengo el mío, está enmarcado en caoba y es de una diafanidad increíble. Me siento en la banqueta que está frente a él. Hoy me puse una playera que dice al frente: RECUERDO DE CANCÚN. Es inútil esta afirmación escrita porque yo no recuerdo esa población que no conozco, por lo que procuro no leerla aunque sus letras me crucen el pecho. Y también me puse unos pantalones blancos, entallados, y mis sandalias, cuyo listón da varias vueltas al tobillo. Mi pelo es lacio y largo. Ya está, el espejo me devuelve con exactitud la imagen que imagino.

Durante la mañana atiendo mis asuntos matutinos. Estoy divorciada desde hace años y me dedico a la compra-venta de inmuebles. No puedo quejarme de mi vida. Soy libre y cuando necesito amor, no me es difícil encontrarlo.

Al volver a mi casa procuro no consultar al espejo. En fin, almuerzo en algún restorán de la élite y regreso a casita. Me echo en mi cama y duermo media hora. A las cuatro tengo otros asuntos que atender, así es que me levanto puntualmente. Entonces sí debo sentarme ante el espejo para retocar mi persona. Mi espejo es muy bonito. Su marco simula hojas de flores fantásticas hechas de plata. Me detengo frente a él. Mi pelo sigue bien peinado: es alto, complejo, lleno de rizos y delgadas trenzas. Mi vestido azul luce perfecto con su sobrevestido morado. Mis zapatos tienen un ligero tacón y son completamente de raso blanco. Mis medias, sostenidas en los muslos con una cinta elástica de encaje, también son blancas. No uso peluca. Eso lo dejo para las fiestas.

Mi espejo refleja mi habitación. Cuando heredé este castillo del Barón de Saint Peré, mi tío abuelo, ordené hacerle los cambios sufridos por el tiempo desde su construcción; la primera planta conserva la distribución original. La reconstrucción de mis aposentos ha necesitado un exhaustivo trabajo para elaborar los tejidos originales de las ropas de cama. ¡Mi herencia tenía que ser perfecta! Dicha restauración ha permitido la técnica del trenzado de junco que decora las paredes con tapices o junco trenzado para aislar las estancias del frío. Se considera de hecho que el olor del junco espanta el mal humor y limpia el aire.

Mi habitación no es un mero lugar de descanso, sino un auténtico espacio de vida donde recibo, como y trabajo. Y el mobiliario instalado en ella refleja esas múltiples funciones. La cama, elemento central del cuarto, está dispuesta sobre un

estrado, protegida así del frío del suelo, que es de baldosas. Sí, allá, en esa esquina veo desde mi espejo mi querido baúl, que guarda mis tesoros y mis secretos.

Siendo viuda, la sociedad de este siglo XV me ha permitido continuar con los estudios preliminares de historia sagrada de mi finado esposo. Como dije antes, aquí me dedico a mi vocación.

Los cardenales y demás príncipes de la Iglesia se han levantado al terminar sus labores conmigo. Los despide el mayordomo del castillo y dos mozos de compañía. Mi doncella particular me desviste para alistarme para dormir, me abre la cama, arregla el velo del dosel y me ayuda a acostarme. Duermo enseguida.

Despierto. Yo puedo ver mi reflejo en el pozo de agua que tenemos en la casa. Soy un niño. En lo alto de los templos los sacerdotes tocan los tambores anunciando el inicio del día. Todos debemos levantarnos, nobles y hombres comunes.

Los caminantes y forasteros se aprestaban para sus viajes, los labradores van a sus labranzas, los mercaderes y tratantes a sus mercados y las mujeres se levantan a barrer. Yo voy a las labores del campo.

Antes, me baño con jabón de copalxócotl o de la raíz de la saponaria. Me seco con suaves paños de algodón. Las mujeres, con su pelo partido a la mitad, se hacen dos trenzas. Mi pelo ha crecido y casi cubre mi rostro. Las casadas suben las puntas de las trenzas a la parte superior de la cabeza. Las mujeres muy maquilladas suelen ser las ahuianimas (las prostitutas) para el placer de los guerreros o víctimas del sacrificio.

Desayuno una jícara de chocolate y tortillas de maíz recién tostadas con algún relleno de carne o de pescado. La gente del pueblo desayunamos hasta las nueve de la mañana, cuando los tambores marcan la segunda hora del día. Después me voy a mis labores de campo.

Antes de cenar mi familia y yo nos vamos al temazcal entre plantas aromáticas y recibimos masajes generalmente por enanos que no tienen que agacharse.

Después, tomo mi aguamiel y carne o pescado con verduras, “cuchareados” con tortillas, y antes de acostarme bebo mi chocolate espumoso y fresco, endulzado con miel y vainilla o condimentado con chile.

Los sonidos de los tambores vuelven a sonar, es la hora de dormir para toda la ciudad. Los nobles duermen en una estera o petate con suaves mantas de algodón. Yo duermo junto a mi familia sobre un doble petate.

En el estanque del pueblo miro mi imagen grande y ondulante y antes de dormir pienso que si ignoro quién soy ahora menos sabré quién seré mañana. ¿Mañana? ¡No, no sé lo que signifique esa palabra!, mejor diré ayer... o nunca... Tampoco... Quiero decir yo-tiempo...

Punto de vista

De febrero a diciembre, en mi imaginación, yo veía a los Santos Reyes como personas cercanas, incluso interiormente (quiero decir sin decírmelo a mí misma) los sentía como una especie de tíos que viajaban y eran diferentes a las demás personas de mi familia, por lo cual resultaba molesto que convivieran con nosotros. Ya cuando comenzaba enero empezaba a dudar.

Fue mi prima hermana Nati quien me dijo que no existían, que eran invención de “los grandes”, una más, dijo, de las tantísimas mentiras que nos cuentan todos los días.

—¿Por qué lo harán?

—Porque cuando creces ya no puedes decir la verdad o te mandan al..., ¿cómo se llama el lugar donde te matan?

—¿Panteón?

—Ay, no... Allí ya te mataron. No; te digo que antes...

Yo no sabía qué quería decir, así es que respondí lo primero que se me ocurrió:

—¡Nacimiento!

Ella abrió mucho los ojos.

—No, tonta. En el nacimiento nacemos, no, es antes de que nos maten, ¿no sabes eso?

—Sí —contesté ya fastidiada—. Pues no sé cómo se llame...
¡Ah, ya sé! ¿No se llama “la existencia”?

—No entiendes nada... Ayer mi papá me lo dijo, pero no...
¡Ah, sí, espérate!, ¡se llama *patículo*!

—A mí me regañaron un día que dije *culo*.

—Pero te faltó el *pati*, mensa. Y los grandes si no dicen mentiras, los llevan ahí y los matan, a cualquier hora del día, a menos que llueva, porque entonces los paticularios se mojarían.

—Pues yo no quiero ser grande.

—No puedes. A fuercita tienes que serlo. Y los Santos Reyes...

—Ah, a ver, ¿por qué dices que no existen?

Nati sonrió malévola.

—Porque lo dicen los grandes y por eso es mentira, además, porque vi en el ropero de mi mamá los regalos que dizque nos trajeron los reyes. ¿Ah, verdad? No hay nada como “la verdad” y a los grandes, en cuanto crecen y se besan como en las películas para tener hijos, tienen que empezar a decir locuras. Pero yo ya no les creo nada. Y tú deberías hacer lo mismo.

Con un ademán violento, se echó el pelo para atrás y desapareció en el corredor.

Yo por supuesto, no le creí nada a ella. Si discutía con Nati, que ya se había muerto, ¿por qué no iban a ser cierto los Santos Reyes? ¿Ah, verdad?

La nada dentro de la niebla tupida... ¿Sabiduría?

No es que no quisiera, no, al contrario, me entusiasma ir a esa reunión de antiguas (muy, pero muy antiguas) excompañeras de escuela. Aunque me pregunto, ¿qué voy a hacer en un grupo de viejitas desconocidas? Pero sí, saber qué ha sido de sus vidas todas estas vidas, digo años, en que no supimos nadie de nadie. ¿Por qué a Rosita se le habrá ocurrido localizarnos a pesar de ser una tarea, me imagino, bien difícil? Bueno, no a todas. Quiero decir que no localizó a las 44 que éramos, sólo a 20, pero 20 ya es mucho decir, ¿no? Aunque puede que no tanto, que no resulte tan difícil. O a lo mejor sí, en caso de no tener ninguna posibilidad... ¿O tendría alguna? ¡Sepa! O a lo mejor ya muchas se murieron, pobrecitas, que en paz descansen. Si yo tengo 82 años, esas excompañeras tendrán de 78 a 85, más o menos (bien rucas).

Bueno, ya lo pensé mejor: yo creo que el vestido gris me va bien y no se me nota tanto la barriga... aunque, el verde no está tan mal. Me acuerdo que me lo compré un día que fui al mercado de la Merced...

¡Ay, mi espalda!, a cada rato me da por cansarme. Por buscar estos trapos, ya me fatigué. Mejor me siento un

momento en la terracita. Después de todo, mi segundo marido no fue tan tonto y consiguió esta casita por buen precio. Esta casita que tiene esta terracita tan coqueta. Bueno, esto es lo que me faltaba: descansar. Es que desde que Dios amanece no paro. Ya vengo, ya voy... A partir de que él se fue (me refiero a mi marido, no a Dios nuestro señor... supongo) yo no tengo respiro: que hacer la cama, que lavar los trastes, que ir al baño a hacer chis a cada rato; es una monserga. Yo no sé por qué me he vuelto tan miona. Ah, mira, ¡eso sí que es un buen pretexto!: si voy a la reunión tendré que pasar entre todas, compermiso, compermiso, compermiso, algunas han de estar hasta tullidas, como yo que a cada rato me caigo y como no puedo aguantarme acabaré haciéndome en los calzones. Decía bien mi amiga Lupita: ya hay que ir pensando en los pañales. ¡Ah, claro!, en realidad ya no me acordaba pero es por eso que no quiero ir. Aunque, pues sí, me daría gusto volver a ver a aquéllas a quienes ya no sabré quiénes son. Del grupo de las 44 que éramos, ¿se habrá muerto alguna?... ¿Todas las otras?, ay, nanita, qué feo sería. Aunque yo soy de las de en medio y ya cumplí los 80... los 82 quiero decir. Yo no me he muerto gracias a la pensión bien buena que me dejó primero mi primer marido y luego mi segundo esposo. Ay, a veces pienso que si se hubieran conocido habrían sido buenos amigos. Los dos eran del mismo tamaño. Me refiero a su estatura, no muy altos, un poquitito más bajitos que yo por lo que, sin haberse conocido pensaban igual: que no me pusiera zapatos de tacón, como si hubieran sido hermanos gemelos que nunca se separaron. ¡Qué chistoso!, ¿verdad?... Aunque no, uno era más joven que yo y el otro más viejo. No hubieran podido nacer al mismo tiempo. No, creo que no se puede...

¡Qué barbaridad!, ¡ya se oscureció todo!... de pronto... ni cuenta me di que se fue la tarde y ni siquiera me dijo “adiós”.

Ji, ji, ji... ni siquiera “adiós” me dijo ja, ja, ja... Ahummm... ¡qué bostezo hasta parece que me quise comer la terraza! Ja, ja, ja. Ay, se me cierran los ojos. Mejor me voy a dormir porque si me quedo aquí a la intemperie me voy a conseguir un marido. ¡Ay, qué digo! Ji, ji, ji, ji... quise decir, un resfriado, ¡qué barbaridad!, ya hasta se me olvidó hablar... Y creo que la reunión era a las cuatro de la tarde porque Rosita, que nos localizó, pensó en que ya todas somos personas mayores y que.... Ahummm, ¡qué bárbara! Este cojín grandote está re suave... el cojín... no, sí, sí quiero ir... al cojín... Ahummm... ya ni le hablé al taxi. Pué que sea mejor... por eso de la chis.

Retorno

Lo vi antes de fijarme en otra cosa. Primero no me pareció nada especial. Después, abrí los ojos hasta casi caérseme, porque ése era “El ropero”, ése era “La belleza en proporciones y diseño”, ése era nada menos que “¡mi casa!” Sentí las lágrimas agolpadas en las pestañas. Sacudí la cabeza. ¿Estaba loca? Con esfuerzo volví la mirada para apreciar todo el bazar. Entonces, en mi nuca sentí una llamada, una llamada casi angustiada. Casi, porque en aquel levísimo tono agudo pude captar una risa contenida. Me intrigó aunque me hice la distraída y seguí viendo los muebles que se hallaban distantes. Ay, mira, qué juguetero tan bonito... ¡Y este samovar de plata! Cuando era niña había uno en casa de mis abuelos. Era una especie de cafetera alta, con una chimenea interior con infiernillo, y sirve para hacer té. Con el paso de los siglos, el samovar se ha convertido en un ícono de la tetera rusa. Aquel samovar —por cierto muy pagado de sí mismo— lucía en la mesa central del comedor que a mí me parecía una catedral donde dos viejos y una niña juntaban todo el calor de un hogar dichoso. Justo en su antípoda, recorriendo corredor, jardín, macetas y jaulas con pájaros, se llegaba a la sala con tres balcones a la calle y su

viejo tapete verde humilde, pero bien suertudo por sostener el enorme piano de cola marca Chikering hecho en 1897 en la ciudad de Chicago. ¡Mi piano! Al nacer yo ya estaba en la casa, mi Tialí lo había comprado en el año de 1936 en 500 pesos. Yo nací al año siguiente.

Bueno, pero yo no vine a recordar, vine a ver, a falta de dinero que no tengo, porque me gustan mucho los muebles antiguos. Y resulta que me detengo como una boba a pensar en el ayer... “Te estoy esperando”, me pareció escuchar y volví la cabeza de inmediato. Yo era la única persona que estaba en el bazar. No hice caso. Seguí caminando: “Pshhhh”, escuché de nueva cuenta y entonces miré atentamente el sitio por donde salió el sonido. ¡Era el ropero!, aunque mustio continuaba inmóvil. Me quedé atónita. No sé por qué pero ni en ese momento ni nunca quise ver su precio. Éste era el que quería, el que me hacía falta en mi departamentito tan pobre. Significaba mi infancia, toda la felicidad de mi niñez que después pagaría con años de soledad y tristeza, recordando siempre aquellos muebles antiguos, aquel amor de mis abuelos que me criaron. Y sin quererlo volví a ver, azorada, cómo todo se perdió, cómo me lo quitaron. Cuando falleció mi abuelo y a los cuantos meses, ella, mi abuelita, yo tenía doce años y me llevaron al orfanatorio de donde he salido ahora que cumplí 18... Así es que ese ropero significaba para mí más, mucho más que un mueble antiguo. El dueño del negocio ya me conocía. Siempre que podía iba a ver sus antigüedades y a pesar de que muy pocas veces le compraba alguna insignificancia, él y yo éramos algo así como amigos. Ese día llegó corriendo al bazar.

—¡Bendito sea Dios que estás aquí, Graciela! Mi mujer está a punto de dar a luz. ¿Podrías quedarte un rato? Falta poco para que llegue mi ayudante. ¿Sí?, por favor... Si te quedas

te doy un regalo. —Le dije que sí y él se fue corriendo. Al quedarme sola, me sucedió lo inimaginable: un júbilo extraño invadió mi cuerpo y empezó a correrme por las venas. El mundo daba vueltas alrededor de mí con un silbido muy suave, un trino como de colibrí que alteraba con caricias el ritmo de mi corazón. La cabeza me ardía. ¿Por qué? Me volví en círculo, vi todo lo que era mío, el samovar, el juguetero, aquel escritorio de cortina con sus muchos cajoncitos perfectamente alineados. Las finas maderas, las camas de latón tan brillante que parecían de oro. ¡Todo era mío...! Me cubrí la cara con las manos. “Dame serenidad, Dios mío...”, supliqué y sin pensarlo, sin titubeos, me fui directamente al ropero. Mis manos hacían la parodia de dos mariposas volando, así temblaban sin poder controlarlas. Temblando, pues, abrí sus dos magníficas puertas torneadas y me introduje.

Lo que ya no pudo saber es que poco más tarde llegó el empleado. Después entró el propietario. Su mujer acababa de dar a luz a un niño. Estaba contento.

—Y Graciela, ¿ya se fue?

— Cuando llegué ya no estaba —respondió su ayudante.

Miraron por todos lados. Era un hecho curioso, pero en ese momento se fijaron en el espacio vacío donde en algún tiempo remoto había permanecido el ropero.

—¿Qué no había nada aquí? —dijo, distraído, el dueño del bazar señalando el lugar.

—Uf, sí, pero hace muchísimos años, cuando vivía todavía el abuelo de usted y puso este negocio. Ese ropero fue uno de los muebles que estrenó el bazar. Creo recordar que lo compró una anciana ricachona —le contestó el ayudante.

—De repente... —volvió a decir el otro— no sé qué me pasó, pero juraría que continuábamos teniéndolo en su mismo lugar de siempre. ¡Qué cosas!

Y volvió a pensar en su pequeño hijo.

La primavera

La imagen, vista desde cierta distancia, podía ser un cuadro de Monet: la dama sentada en la silla de fierro torneado en arabescos pintada de blanco. Ella, de mediana edad, delgada, elegante, con un vestido vaporoso que proclamaba una primavera perfecta, las bien formadas piernas cruzadas, luciendo además sus pequeños zapatos de tacón. El pelo ondulado y largo. El rostro bien maquillado. En las manos y muñecas, anillos y finísimas pulseras. Frente a ella y de por medio, una mesa pequeña y redonda del mismo material que las sillas, un caballero de pelo gris y bien peinado lucía un traje impecable, aun un tanto pasado de moda, quizás por el uso del chaleco. El traje era un conjunto color crema, cortado impecablemente dando distinción al cuerpo alto y espigado del todavía joven señor. Al fondo, árboles y una brillante alfombra verde de césped inglés. El cielo, azul claro. La atmósfera tibia.

—Pues sí, querido amigo, Aristóteles dice que el alma, cuerpo y espíritu componen al ser humano.

—Bueno, si usted cita al filósofo griego, le diré que en la realidad él dice que es la forma en la que se manifiesta “la verdadera existencia”.

—La realidad es una sola: materia y forma —respondió la dama—. La realidad es lo que es y existe, la sustancia, algo concreto que forma parte del mundo sensible y material.

—¿Es útil leer? —volvió a decir inesperadamente el caballero.

—Tanto leer y escribir son útiles para hacer negocios, para administrar la casa, para instruirse y para seguir una actividad política —le contestó ella alzando las cejas en señal de un poco de fastidio.

—¿Es por eso que usted fomenta la lectura?

—Sí, pero no sólo es cuestión de basarse en la lectura, sino charlar y discutir nociones que van más allá del texto leído. Además, las discusiones son enriquecidas por la experiencia humana de cada individuo. Los grandes conocimientos engendran las grandes dudas.

Él sonrió displicentemente.

—¿Qué es el alma para usted, querida?

—Pues, es obvio que resulta aquello por lo que vivimos, sentimos y pensamos. Lo que tiene alma se distingue de lo que no la tiene, por el hecho de vivir.

A pocos pasos se acercaba una muchacha con uniforme y gorro.

—Magnífico —dijo él—, ¿le gustaría más de chocolate o de nuez?

La chica llegó. La señora no tuvo tiempo de contestar al señor. La joven tomó del brazo a la dama, quien se levantó haciendo pucheros. El caballero también se puso de pie muy serio, como enfadado.

—Acabó el recreo —dijo la joven—. Es hora de recogerse en sus habitaciones.

—¿Pero el helado que nos prometió? —lloriqueó la señora con voz de niña.

—Es justo lo que pide mi amiga, ¿qué pasó con la promesa?

—El hombre engoló la voz.

Y mientras la enfermera les contestaba, los tres empezaron a caminar hacia un edificio grande y pesado, donde sobre la enorme puerta de la entrada decía un letrero leído frente a un espejo: OIMOCINAM LAPICINUM.

*Pelear por lo exacto
equivoca a la gente*

JOÃO GUIMARÃES ROSA

El verano

Habían intentado zafarse de las ataduras moviéndose de todas las maneras. Ambos también estaban amordazados. El gesto desesperado del marido era su expresión angustiada; la de la mujer, las lágrimas que bañaban su rostro. Había dos ventanitas pegadas casi en el techo de aquel cuarto asqueroso por donde paseaba tranquilo y solemne un verano indiferente a todo lo que no fuera su hermosura cálida y colorida.

Él sufría por ella. Ella, por él. Ninguno de los dos quería que el otro padeciera en lo mínimo en ese décimo mes de recién casados. ¡Ni siquiera un año! ¿Por qué siendo tan perfectamente felices el destino les había deparado esta desgracia? ¿Por qué? ¿POR QUÉ?, gritaban ambos silenciosamente. ¿Y Dios? No, a Dios ya se habían cansado de suplicarle. ¿Y a la Virgen María? ¡También, hombre, cómo no haberlo hecho si ya llevaban 26 o 27 horas en esas mismas condiciones!: ¡secuestrados por unos maleantes que habían olido el dinero que obtuvieron gracias al azar de la Lotería! Era el colmo: empezar una nueva vida pobre pero tan glamorosamente radiantes. No pedían más, ni lo esperaban. Estar juntos era su tesoro, su dicha. ¿A quién le importaba

tener dinero?, ¿para qué? ¡Más problemas, más dificultades en la en la ya difícil existencia! ¡Qué tontería nacer con esa obsesión absurda! Ser ricos, ¿para qué?, si lo que les daba la dicha no estaba en ninguna cosa material. Ellos tenían suficiente con su amor purísimo y eterno.

Pero la mayoría de las gentes ¡tontas! no pensaban así. Necesitaban dinero y poder para justificar sus miserables vidas. Sin embargo, este destino entrometido como regalo de bodas los había partido por el eje premiando con el gordo la serie de lotería que un amigo les regalara.

De repente entraron los delincuentes. Eran tres. Uno como de 50 años y los otros como de 25. No se necesitaba haber estudiado psicología para detectar su indigencia. Vestían casi en harapos (desgraciados); flacos, sin afeitarse, sucios, apuestos, unos pobres diablos, ¡eso eran en realidad!: unos pelados y pobres diablos.

—¿No se han decidido todavía? —preguntó el mayor. Uno de ellos le arrancó al marido la cinta adhesiva de la boca.

—¡NUNCA! ¡Entiéndalo ya!

—¿Prefieren la muerte?

—¡SÍ! —afirmó el secuestrado, en tanto su mujer también afirmaba con la cabeza—, moriremos y ustedes se pudrirán en la cárcel.

—Eso no se sabe —dijo uno de los muchachos—, pero aunque así fuera, pos sería para nosotros más mejor. No tenemos nada más que much'hambre y en el bote nos darían tres comidas diarias.

El hombre mayor liberó a la esposa de la mordaza. Ambos gritaron.

—¡Pues jamás, nunca, les daremos el billete premiado! Y en su vida, aunque vuelvan a nacer, no podrán encontrarlo.

—Es cierto —dijo el otro chico mirando al mayor de la banda—, por lo menos vaciamos su casa y la oficina de éste y no hallamos nada.

—¡Ni lo hallarán! —gritó la esposa con débil y desesperada voz— Es nuestro, ¡únicamente nuestro! ¡Y de nadie más! Diosito quiso así favorecernos...

—Pues con su pan se lo coman —añadió el mayor en tanto otro volvía a cubrir las bocas.

Entonces el tercero sacó un sucio, largo y afilado puñal.

Vivir es muy peligroso

Fuimos contentos. Carretera, limpio cielo, luminosidad terrena. La existencia bien segura con amigos, cerveza y bocadillos; El Basurati (mi camioneta) portándose como un caballero. Canciones. Risas. Sabrosos coqueteos. Cuernavaca una promesa invariablemente cumplida. Hotel. Hombres en un cuarto, mujeres en otro. Alberca. Trajes de baño. Alharaca para llegar a la piscina. Mucha gente, muchos niños. Todos al agua. ¡Está rica! Juegos acuáticos. Más carcajadas. Regaderas. Vestimentas sutiles, dioses dorados. Sol bajo la piel y en la mirada. Sonriendo sentados a la mesa. Hambre voraz. Todo redondo. Parloteamos, películas, paseos, libros, incidentes, romances, experiencias, pensamientos, en fin, lo que tú quieras.

Ya en los postres el corazón se detuvo. Tres balazos estentóreos y los ojos y las manos, encrespados, en suspenso. Cuatro tipos enmascarados, era obvia su presencia. Robaron de mesa en mesa. Ya en la puerta dispararon con una ametralladora. Las personas, muñecos desfallecidos, caían sobre la comida regándola con su salsa roja. Mi amiga y yo sólo quedamos heridas, pero ya los otros... ya los otros... no.

El origen de la vida

Desde chiquita me he hecho una pregunta de la que hoy todavía no encuentro respuesta. Es muy curioso que del cuerpo de la mujer salga otro ser humano. Curioso y terrible. Pero todavía es más extraño que ese nuevo cuerpo no conozca a quien lo dio a luz, aunque los otros adviertan las singularidades semejantes entre madre y vástago. Yo no sé cómo fue mi madre. Es raro. Quién fue, sí, relativamente, por los comentarios asimismo subjetivos de quienes la conocieron. Pero por ejemplo, las manos de ella, ¿serían del mismo color que las mías? Ni un beso, ni un abrazo, jamás sentir su calor, el mismo que me dio la vida. Prohibido para ella el derecho de saber que tuvo una hija. Adonde esté en la muerte quizás también se lo pregunte. O quizás no exista ya vuelta polvo, o tal vez se encuentre ajena a lo que fue alguna vez. Por ello no me cabe en la cabeza que un ser nacido de otro, con su sangre y su organismo constituido dentro del de ella, viva separada de su producto como cualquier ser vivo separado de su raíz.

Y cerró el cuaderno, su fiel confidente. Su prometido no tardaría en llegar.

Dejó, pues, la plumilla en el tintero y con el papel secante pasó las letras de lo que había escrito en aquella hoja de fino papel. Por unos segundos miró el texto, pensativa.

—Nunca logro expresar exactamente lo que siento...

Ahora que iba a casarse aquel pensamiento absurdo había vuelto a torturarla, quitándole la alegría del próximo y feliz acontecimiento. Él llegó y las ideas negras huyeron.

Estuvieron juntos todo el día. Por la tarde, en una banca del jardín de la casa, sentados, con las manos unidas, hablaron de su porvenir. Redondearon la ilusión de la nueva vida: casa, trabajo, amor, hijos... Y pasó una sombra opacando la mirada de ella.

—Has vuelto a caer en ese hoyo negro de tu obsesión—le dijo él con suavidad.

—Sí. No me deja en paz. Es la premonición de que moriré cuando dé a luz a nuestro primer hijo.

—¡Por Dios, qué tontería! No sé de dónde pescaste este tormento. No hay razón, entiéndelo: eres joven, sana...

—Sí, sí, mi mamá también me lo dice, pero... ¡No quiero morir sin haber conocido a mi propio hijo...!

—Vamos a hacer una cosa —añadió él pacientemente—. Prométeme que apartarás esas tontas ideas en cuanto vuelvan a presentarse y las cambiarás por la imagen de una niña muy blanca, de pelo muy negro, que nos dará la felicidad en la Tierra. A ver, ¡prométemelo!

Él era tan tierno, tan bueno, que ella sonrió y prometió solemnemente.

—Entonces, ¿nunca más?

—Nunca más, amor mío, ¡te lo juro!

Y se casaron. Y ciertamente nunca volvieron a mencionar la oscura premonición de ella, mucho menos cuando quedó embarazada.

Después, con una criatura en brazos y con las lágrimas rodando por su rostro, él recordó exactamente aquella conversación en que ella, su adorada y difunta esposa, dijo que sufría de una siniestra corazonada.

*Igual que le vida suplantó a la nada, fue suplantada,
a su vez, por la historia: así la existencia
emprendió un ciclo de herejías que minaron
la ortodoxia de la nada.*

E.M. CIORAN

Sea por Dios

Mi tío Ruperto y mi tía Minerva se casaron muy enamorados. Sin embargo, la familia pensó que ese amor terrenal terminaría derrotado por la pasión espiritual que inundaba sus almas. Ambos alcanzaban la paz en el claustro y en el seminario. Aún sin saber uno del otro, desde muy jovencitos decidieron consagrarse a Dios Nuestro Señor. Pero la vida no sólo es alocada, tiene su buena parte de perversidad. Un buen día hubo un encuentro de seminaristas y futuras monjas, para ponerse de acuerdo en una kermés para niños pobres. Ahí se conocieron. De inmediato Cupido hirió a cada uno con sus agudas flechas. Les era imposible dejar de mirarse. Después, empezaron a escribirse. El calor del primer sentimiento amoroso los empezó a asfixiar. Trataron de vencerlo, pero al fin, una noche Ruperto, escondiéndose, cruzó el claustro de monjitas y llegó hasta la propia celda de Minerva.

Después de entregarse por entero a la pasión, vino el arrepentimiento. Incluso decidieron acabar con sus vidas, pues el pecado cometido no tenía perdón. Pero estaban equivocados según les dijo el confesor de Minerva, quien les aseguró que sí tenía perdón, con sólo casarse ante la ley de los

hombres y la de Dios. Que al fin y al cabo ni ella había hecho los votos, ni él había llegado a ordenarse sacerdote. La culpa desapareció y todos estuvimos felices.

Y así se realizó este original matrimonio. No obstante... hubo sus problemas. Ella impuso la regla de jamás desnudarse para que ninguno viera en el otro su pecaminoso cuerpo. Una pena que él no toleraba, pues aquella primera vez en su celda había visto y gozado de la belleza corporal de Minerva. El acto sexual debía ser una vez al mes, devoto, con rezo de rosario antes y después. Mi tía Minerva, muy curiosa, había ideado hacer un agujerito en todos sus camiones para no tener que levantárselo nunca. Mi tío Ruperto aceptaba todas estas imposiciones por amor a Jesucristo, pero la verdad es que la existencia se le había vuelto pesada y árida. Para bajar sus ardores inoportunos, dejaba toda la noche a la intemperie una tina de fierro llena de agua fría, para que a las cinco de la mañana estuviera materialmente helada; entonces, desnudo, y a riesgo de morir, él se metía en ese hielo con el beatífico fin de matar sus enardecimientos malignos.

Diariamente iban a la misa de las siete de la mañana. Comulgaban y se confesaban. Por la tarde, a las seis, no dejaban de asistir al sermón y al rezo del rosario. Por la noche, antes de acostarse, hincados ante el cuadro de la Santísima Virgen con el Niño, rezaban la Magnífica en tanto cada uno se daba golpes en la espalda con un pequeño látigo. Hasta ese momento, sus conciencias estaban listas para el descanso del cuerpo y del alma.

El resto de los familiares los veíamos cada vez más pálidos pero cada vez más felices, con una felicidad un poco rara, nerviosa, inquieta, no la que se espera como espejo de serenidad. Hablaban mucho. Se contradecían, pero de inmediato se pedían perdón y ambos opinaban lo mismo.

Como vivían en Puebla, no nos veíamos con frecuencia. Una noche nos telefoneó un tío cercano.

—Sí. Desgraciadamente han muerto.

—¡No es posible! ¿Los dos?... ¿Cómo?

El tío tartamudeó.

—Pues... no... no puedo decirlo por teléfono. Mejor léanlo en el periódico. Ya se los envié.

Todos nos alarmamos. ¿Qué podía haber sido? ¿Los habrían asesinado?

Por fin, a punto de irnos para Puebla y ya con el diario en las manos leímos:

Se encontraron en céntrico departamento varios cadáveres (ponían los nombres en donde sobresalían los de mis tíos) de sacerdotes y monjas con sus hábitos tirados en la chimenea, después de entrar en espantosa y repugnante orgía además de ingerir e inyectarse variadas drogas hasta darse muerte.

Nosotros decidimos suspender el viaje. No hubiéramos tolerado un solo comentario soez dirigido a mi tío Ruperto ni a mi querida tía Minerva.

La vie en rose

Viajé cómodamente en el avión. Tenía dos asientos para mí, así es que me senté en uno y en el otro extendí mis piernas. Llevaba una caja de madera con dos cerraduras. Me habían pagado por entregársela a un señor R., a quien conocería por llevar un clavel en el ojal. Era importante. Desde que empecé a trabajar en el Servicio Secreto mi vida se había vuelto una aventura deliciosa. Siempre pensé que yo era el mejor espía porque no sabía nada de los proyectos ni de los planos que en la oficina central se elaboraban. Mi ignorancia era total, perfecta. Así, tan fácil como entregar una cajita a un desconocido, eran las labores similares que me mandaban a hacer. Ganaba bien, en euros, y entre misión y misión, yo paseaba: buenos hoteles, playas, paseos, autos; en fin, me sentía pleno y dichoso.

Ya en el aeropuerto no vi ningún clavel rojo. Me llamó la atención un enanito que sostenía una pancarta. Y me fijé entonces en lo que decía el cartel: “Señor R. espera en torre”. Cuando quise hablar con el enano, lo vi salir del aeropuerto a una velocidad que jamás hubiera sospechado. Con la cajita en la mano me senté en el café de ahí mismo. “Espera en torre”. Resultaba muy ambiguo. ¿Qué torre? Por principio, ¿se refería

al mismo Señor R.? Bueno, estaba en París y la torre era la Eiffel.

Miré el breviario que me habían dado en la oficina antes de partir a París: “Torre Eiffel: Champ de Mars. 5 Avenue Anatole France. 75007 París”. Y ahí me dirigí. Había mucha gente. Desde las alturas, todos mirábamos la Ciudad Luz a nuestros pies. Para mí, como para infinidad de personas, la ciudad más hermosa del mundo.

Pero reaccioné de inmediato y empecé a mirar las solapas de los trajes masculinos: encontré ahí flores, pero, por más raro que parezca no vi ni un solo clavel. Esperé tres horas a 276 metros del suelo. Subían, bajaban franceses y extranjeros... De pronto un joven entró a lo alto de la torre con un clavel en el ojal. De inmediato me dirigí a él.

—¿Señor R.? —pregunté esperanzado en mi muy decoroso francés.

—¿Yo? —Me miró con extrañeza— No.

Desconcertado le señalé el clavel. Y él cambió su gesto y su actitud.

—Ah, sí, ya caigo. Usted me habla del señor R. ¡Pues claro que soy yo, estimado *monsieur*!

Sonreí aliviado. Pero ¿por qué se había mostrado turbado e indeciso cuando se lo pregunté la primera vez? Dudé.

—¿Clavel? ¿Torre? ¿R.?

—Sí, exactamente —sonrió—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Levanté la cajita.

—Se la envía... “el Servicio”...

—¡Por supuesto, muchas gracias! —añadió en tanto la tomaba de mis manos.

Hizo una inclinación de cabeza y volviéndose hacia el elevador, desapareció de inmediato.

Me quedé un tanto atontado. ¿Eso fue todo?, me dije...

En ese instante subieron unas seis personas. Muchachas con vestido largo y caballeros con un clavel en el ojal. Felices celebraban la boda de un amigo. ¡Todos traían el malvado clavel! Creí morirme.

Me quedaba una última esperanza. Pregunté los nombres del novio y de los invitados. Curioso, aunque no lo crean nadie tenía el nombre que empezara con la R.

Aturdido de estar allí más de cinco horas, bajé, y al disponerme a salir a la calle, el portero me detuvo.

—Perdone —me dijo—, ¿busca usted al señor R.?

Sorprendidísimo le dije que sí.

—¿Cuál es su nombre? —me preguntó.

Todo era tan irreal, tan loco, que no tuve otra opción que responderle.

—Roberto Rodríguez Ramos... ¿Por qué?

Y ante mi asombro, me mostró la cajita que yo ya había entregado.

—¡No puede ser...! —Tartamudee.

—Sí, me la dio para usted nuestro contacto. Puede abrirla, si quiere.

Temblando, lo hice. No había llaves ni trucos, se abrió fácil y sencillamente. Adentro había un papel: *Sr. Roberto Rodríguez Ramos, queda usted despedido. Es usted muy bruto. Aún tiene un día para disfrutar el viaje y mañana deberá abordar el avión de regreso.*

Y firmaba mi superior.

Los buenos siempre triunfan

Y la muchachita salió de su casita brincando feliz. Llevaba puesto el chal rojo con caperuza que le había tejido su abuelita. Ella quería mucho a su abuela y en esa ocasión la quería más porque estaba enferma. La mamá de Caperucita (como obviamente empezaron a llamarla) le había dado una cesta preciosa llena de golosinas y regalitos para la enfermita.

Al cabo de un rato de caminar por el bosque se topó con un lobo. Caperucita no se asustó porque había leído llorando de ternura el poema de Rubén Darío, que intituló “Los motivos del Lobo”. Por su parte, el animal tampoco se asustó porque desde lejos se podía advertir que la niña no traía arma alguna. Así es que se saludaron y charlando siguieron caminando hacia la casa de la abuela. Ambos se cayeron muy bien y pensaron, sin decirlo, que podían ser amigos.

Al entrar en la cabaña de la abuela, ésta sí se asustó al ver al lobo porque en su vida había leído algún libro y mucho menos uno de poesía. Inmediatamente se repantingó en la cama dando de alaridos. El lobo se apenó y trató de calmarla.

—Tranquila, vieja, no te voy a hacer nada.

—Es mi amigo, abuelita, cálmate.

Pero la anciana seguía gritando “¡Auxilio, que me comen!”. Caperucita y el lobo se miraron, opinando lo mismo: que no había poder humano que convenciera a la abuela de la actitud pasiva del lobo; ya estaba sumamente vieja y tenía muchos dolores que nadie podía remediar. Así es que el lobo le dijo a su amiga:

—Lo que pasa es que ya no quiere vivir. Por eso grita.

—Tienes razón —le contestó la jovencita—. Sería mejor que te la comieras para que ya no sufra más. Se le va a engarrotar la garganta de tanto grito... ¿O es que no se te apetece?

—Siempre tengo hambre y si a ti te parece adecuado y oportuno...

—Por supuesto. Así tú sacias el hambre y mi abuelita se duerme tranquila. Yo, mientras, almorzaré con lo que mi mamá le puso en la canastita.

El lobo se chupó hasta el último huesito de la abuela.

—¡Exquisito! Se ve que cuidaba mucho su salud. Que Dios la bendiga.

—¡Qué bueno que te gustó! A mí también me encantaron los dulces que mi mamá jamás me compra porque son muy caros.

Ambos, satisfechos y cogidos del brazo, salieron contentos de la choza. Pero cuando iban de regreso a la casita de Caperucita pensaron en las consecuencias de lo que habían hecho. Y se sentaron bajo un gran árbol a pensar. Desde luego, se imponía el secreto de la abuela comida y tragada por el lobo. Podía asustarse la comarca entera y perseguirían al pobre animalito. Por otra parte, los papás de Caperucita la castigarían severamente por haberse hecho amiga de la supuestamente malvada bestia. Y es que esa generación entiende las cosas al revés. No tienen remedio. La gente se

enoja tanto que casi siempre está estropeada del hígado y se muere de cáncer. Entonces acordaron, por el bien de todos, que el lobo llamara a unos amigos y se comieran también a los papás.

Fue un magnífico banquete. Todos juraron proteger siempre a Caperucita. Y ella los fue abrazando uno por uno porque al fin ya no se sentiría sola. La casa se le quedó y el dinero que su papá había ahorrado le sirvió a ella para darse una vuelta por el mundo y propagar la obra inmortal de don Rubén Darío. Puso una gran escuela. Enseñó a leer a los niños y fue una heroína ante su pueblo. Había pedido que al morir le hicieran una estatua de su persona junto a su amigo el lobo, con estas palabras: “Caperucita Roja y el Lobo son una unidad hasta el término del planeta Tierra. ¡Ya no hay obstáculos!”

El tesoro de Felipe

El ir al circo era para Felipe un suceso extraordinario. Felipe vivía en su casa con el viudo de su mamá, es decir, con su padrastro. Su madre había fallecido hacía apenas dos años. A pesar de que ella siempre se avergonzó de su hijo por su joroba y su cojera, el niño la echaba de menos recordando una y otra vez la única caricia que le hizo cuando ella estaba a punto de morir. Por las noches cerraba los ojos y con todos sus sentidos revivía aquella mano suave que lo había acariciado. Era su herencia, su riqueza espiritual, lo único que poseía. Se quedó con su padrastro. No tenía a nadie más. El hombre, carpintero, no era malo con Felipe, simplemente, ajeno. Cada día le daba una lista de tareas que debía cumplir, y el niño se pasaba el día trabajando sin salir nunca ni a la escuela ni a jugar. Pero solo no era desdichado. Soñaba con “su” caricia, con los animalitos que una vez viera en el zoológico cuando en un acto generoso su madre lo había llevado esforzándose porque no se le notara el bochorno que le ocasionaba que la vieran con Felipe. Por eso, el día en que su padrastro le dijo que el siguiente domingo irían al circo, a Felipe casi se le cae el corazón de la sorpresa y de la alegría. ¿Por qué ese hombre serio e indiferente había

pensado en sacarlo a pasear? Felipe se hacía cruces. Pensó que debía ser un secreto que él, un niño lisiado e ignorante, jamás sabría. Faltaban dos días para cumplirse la promesa. Dos días en que el muchachito de 12 años iba y venía como un muñeco al cual le habían dado demasiada cuerda. Dos días sin dormir y casi sin comer. Debía dominarse: la expectación le dolía ya en el cuerpo.

Y amaneció el domingo. Cuando el padrastro fue a despertarlo, Felipe estaba listo, vestido y bien peinado. Hasta el hombre tuvo que sonreír ante la felicidad de su entenado. Todavía tuvieron que esperar toda la mañana. Comieron su escueta comida y hasta que el reloj más lento que nunca dio las cuatro y media de la tarde, con una seña el padrastro dijo a Felipe que ya era hora de marchar al circo.

Cojeando, con los ojos llenos de dicha, Felipe entró a la gran carpa del circo. Su padrastro lo sentó cerca de la pista y le dijo que ahí lo esperara, que él no tardaría en regresar. El niño veía todo con gran voracidad; desearía que todas las imágenes, los colores, los niños riendo, la gente alegre se quedaran para siempre en su memoria para paladearlo luego en su soledad, que ahora, curiosamente, apreció de manera especial. Se preguntó dónde habría ido su padrastro, pero no le importó mucho. Entre los dos apenas si habían cruzado algunas palabras. Eran, pues, dos desconocidos.

Unos minutos más tarde volvió el hombre con un gesto extraño en él: sonreía. Felipe lo advirtió y le dio gusto.

—Ven, bájate de ahí. Quiere conocerte el dueño del circo —le dijo al niño, hablando con rapidez.

Felipe obedeció. Cruzaron la pista. Entraron a un laberinto de cosas, de personas, de animales, de chillantes colores hasta

llegar a una puerta que el padrastro tocó con los nudillos. Se escuchó un “pase” y entraron a una oficina tan ordenada que no podía pensarse que estuviera en ese sitio.

—Felipe —le dijo el hombre—, el señor Díaz es el dueño del circo y va a ser tu jefe.

El niño extendió la mano sonriendo sin entender lo que le habían dicho. Poco a poco empezó a comprender. En resumidas cuentas, lo contrataban para payaso. Entendió la elección: su joroba, su cojera. No sentía nada. Era como si lo hubieran anestesiado. El señor Díaz se levantó y condujo a Felipe y a su padrastro de nuevo por el laberinto.

Entonces, Felipe sintió miedo. Iban a exhibir sus desgracias y ganaría dinero que cobraría su padrastro. Ya no podría volver a estar solo. Ya no podría estar junto a ella, al lado de su querida caricia. Sin cuidarla, su idolatrada escaparía. Una necesidad se le presentó como la urgencia del aire para respirar. De pronto, sin que los otros lo esperaran, Felipe corrió a la calle y corriendo cruzó la avenida justo cuando un camión urbano le pegaba en pleno pecho. Cayó sobre su joroba que pareció abrirse por la mitad. Él escuchaba un murmullo inmenso. Cerró los ojos. Mucha gente se arremolinó a su alrededor. Y todos, de repente, se quedaron ciegos ante el resplandor blanco y oro que se esparcía por el pavimento. La gente, sin poder hablar, retrocedió unos pasos. La luz vibraba. Y toda esa multitud fue testigo del prodigio, porque el bulto informe de la espalda del niño sólo alojaba dos alas muy grandes que alzaron a Felipe por los aires. Era como la mejor caricia que hubiese recibido. Y el niño sonreía feliz volando hacia el cielo azul.

El niño

Elvira quería ser madre, tener un hijo a quien querer y criar con lo más precioso de su alma. Pero no se embarazaba. Una noche soñó que por fin paría a un niño encantador. Inmediatamente después de amamantarlo el jueves que nació, al otro día (viernes) el “niño” ya tenía cinco años y lo tuvo que mandar al kínder, comprarle zapatos, uniforme, cuadernos de dibujo y lápices de colores. El día siguiente, sábado, él acababa de cumplir 15 años. Le empezaba a salir un bigotito ridículo. Se creía muy guapo y listo. Las niñas de su edad lo rechazaban por presumido. Él no se daba por vencido y a todo el mundo contaba sus aventuras románticas. Ese día, sus compañeros le pusieron una trampa. Llegó una muchacha muy bonita a la casa del “niño” diciendo que sus amigos se la mandaban de regalo. Elvira seguía soñando bien dormida en su cama, así es que en vez de enojarse, le endulzó el oído la propuesta de que su hijito iba a conocer el amor, así es que no dijo nada y salió de compras para no estorbar. Los compañeros se escondieron cuando la chica se desnudó ante los ojos aterrorizados del “niño”, que jamás había visto a una mujer desnuda. La chica hizo todo lo posible (y más) para que el muchacho respondiera

como un hombre. Eso fue imposible. El “niño” sólo quería que la chica se fuera y viniera su mamá. Los compañeros salieron riéndose y burlándose del petulante y lo dejaron rabiando de vergüenza, por lo que él abandonó la escuela para siempre. El domingo amaneció achicopado. Su mamá se angustió mucho. El “niño” no quería nada. Todo le chocaba. El mundo era un valle de lágrimas. Elvira pensó que ya con sus treinta añitos ya podía casarse. Le buscó una mujer mayor, fea, responsable y le dijo que era su prometida. El lunes fue el casorio. El “niño” ya había cumplido los 40; su esposa tenía 50 y ya no podía tener hijos. El martes empezaron su vida conyugal. El hijo de Elvira puso a trabajar a su esposa y él se dedicó a ver caricaturas en la televisión. Por fin Elvira vivía en paz. Su pequeño hijo era feliz, sin problemas, sin esfuerzos. El miércoles él ya era un viejo. Elvira más. La esposa del “niño” había muerto. A pesar de su avanzada edad, Elvira tuvo que trabajar para mantener a su hijo. Cuando llegó el jueves, a la semana de darlo a luz, Elvira despertó sin acordarse del sueño, le costó levantarse, pero ya se había resignado a su descarnada existencia ahíta de soledad... Sus piernas apenas la sostenían. Al mirarse al espejo se asombró de sus arrugas y su pelo blanco. Encorvada, tomó su bastón y se dirigió lentamente a su trabajo.

La tentación de existir*

Lo que ve uno desde que nace no causa admiración. Jorge jamás se pudo ver en los espejos, es decir, no se pudo ver claramente. Era un manchón de líneas vagas medio cubiertas por colores rabiosos. ¿Era así? ¿Así era él? Sus padres le dijeron que no, que era un niño muy guapo y muy bien delineado. Pero quién podría creerlos si en el espejo ellos mismos mostraban ese conjunto inacabado, o descarnado, o, incluso expresionista. Jorge empezó a crecer como cualquier niño pero siempre con la necesidad de saber cómo era. Leía mucho, sobre todo filosofía. Sus padres se admiraban de que un niño de escasos siete años leyera esa clase de libros, y no sólo eso, sino que, al parecer, los entendía perfectamente.

Los hay que van de afirmación en afirmación: su vida es una serie de síes... Aplaudiendo a lo real o a lo que les parece tal, consienten en todo y no tienen ningún empacho en decirlo. No hay anomalía que no expliquen o no coloquen entre las cosas “que pasan”. Cuanto

* *La tentación de existir* es el segundo libro de Emil Cioran que se publicó en España en 1973, traducción del original *La tentation d'exister*, publicado por Gallimard en 1972 y traducido por Fernando Savater.

más se dejan contaminar en el espectáculo de la vida y la muerte, son un público complaciente. Y negar, no hay nada como eso para emancipar al espíritu. Pero la negación no es fecunda más allá del tiempo en que nos esforzamos en conquistarla y apropiárnosla; una vez obtenida nos aprisiona; una cadena como otra cualquiera. Esclavitud por esclavitud.

Leía y leía este texto y el sí que decía a la escuela, a la obediencia, a la vida sin pensamientos profundos, cada vez lo odiaba más y se paraba ante el espejo y le gritaba: “¿Qué soy? ¿Quién soy? ¿Cómo me llamo? ¿De dónde he venido y adónde iré? ¡Quiero saber!, se desgañitaba desesperado. Cuando empezó a estudiar secundaria hizo una trastada a sí mismo más que a los demás. Al pasar lista diariamente se ponía nombres diferentes. Discutía con los maestros, pero él no daba su brazo a torcer. Ayer, pretextaba, se había equivocado de nombre, aseguraba, pero hoy no. Y así diariamente. Era molesto porque si se le llamaba “Jorge” no contestaba, subrayando el hecho de que el nombre de ayer no era el de hoy. El director habló con sus padres, quienes muy afligidos ya no sabían qué hacer. Llevaron a Jorge con psiquiatras, psicólogos, brujos, y nadie podía entender el problema del muchacho. Jorge mismo se dio cuenta que su actitud ocasionaba demasiado escándalo y no lo dejaban leer con tranquilidad. Así es que desde ese momento ya no volvió a insistir en sus teorías incomprensibles. Se silenció y con el silencio todos creyeron que se había curado de su mal.

A fin de año hubo un baile de disfraces en la escuela. La madre de Jorge le compró un vestuario de los tiempos imperiales de Roma. Jorge se lo puso obediente. La fiesta estaba muy animada. Había disfraces de todo, hasta de

animales. Antes de asistir, Jorge se miró al espejo y se miró igual que siempre: una figura embadurnada.

En el baile hubo un concurso de disfraces. Ganó una chica con su embozo de pingüino. Jorge meditaba. Volvió a mirar a toda la concurrencia. No había salida. Todos y todo eran un disfraz. Por eso, esa noche y después de leer a sus súbditos su último poema, mandó incendiar la ciudad de Roma para que las musas lo inspiraran a escribir la novela de la que ya tenía una idea y que intitularía *El extranjero*.

El espejo 2

Me vi muerta en el espejo. Una muerta descuidada, sin peinarse, de pelos enredados y gritones. Su imagen desfigurada por las excrecencias del tiempo guardaba entre sus pliegues el secreto de su futura juventud. Con mi dedo índice toqué la superficie fría del espejo. “Sonríe un poco, a ver si te recuerdo”, le dije a la mugrosa muerta y aunque no lo crean pareció escucharme, porque movió un párpado y tembló el lóbulo de su oreja. “Sonríe”, repetí autoritaria. Y poco a poco estiró lo que quedaba de los labios y entonces sí constaté mi presencia para quedar fría y en paz frente al espejo.

Recuerdo que...

...se me empiezan a olvidar los números. No sé si suceda en todos los casos seniles. Conozco (más o menos) la fecha. Todavía recuerdo dónde habito, pero al llegar al año en que vivimos todos (o la mayoría de personas en el mundo), hete aquí que me confundo: ¿3490? ¿5980? ¿1200? ¿3030? No, eso es un rifle, me parece. Bueno, hasta que me resigno a aparecer como “loquita” y me atrevo a preguntar: “Disculpe, ¿en qué año vamos?”. Y me dan la fecha del día y del mes, pero a nadie se le ocurre pensar que no sé que estamos en el 2020. Por otro lado, queridos compañeros —a quienes agradezco su buena disposición para leerme transformados en psiquiatras—, les confieso que cuando estoy platicando se me olvida la conversación y de golpe y porrazo me quedo en puntos suspensivos. Creo que esto es un síntoma muy frecuente. Pero lo que ya me puso a pensar seriamente en mi situación mental es lo que me sucedió ayer mismo: ¡Desperté contenta! El universo era bueno, querible, adorable: tengo mi silla de ruedas que no me deja ir a pie en ningún momento; un hijo bueno, regañón y protector; una amiga (mi empleada doméstica) que me consiente como una dulce madrecita; un

piano para mirarlo y sufrir recordando cuando podía tocarlo; un perro de tamaño chiquito pero bravucón como él solo; una computadora con quien nos peleamos día con día por no entender nuestros idiomas; un departamentito, pudiéramos decir de cuatro paredes envueltas en una pastosa soledad; nostalgias a patadas: mi infancia, mi adolescencia, en fin, mi pasado y también la imaginación suficiente para añorar mi presente, porque asimismo lo he dejado atrás, junto con el pretérito y el futuro. Además no puedo quejarme de la falta de dolores que me fustigan continuamente (¿les gusta el nombre que se me vino a la mente, “fustigan”?, está bonito, ¿no?) tanto en el cuerpo como en el alma, por lo que constato inmediatamente que aún no he muerto.

Así es que, después de este somero recuento... ¡ya se me olvidó qué me ocurrió ayer y por qué diablos amanecí contenta!, lo cual no importa, porque hasta estoy dispuesta a dejarme llevar por algún instante de euforia, ¿y aventarme?, no; ¡envalentonarme y asomarme a la ventana!

A propósito, ¿qué año es éste?

La memoria traicionera

Como todos los chavos de la 3.^a edad (¿o 4.^a?... ah, no, ésa es la 4.^a Transformación), bueno, digo que como la mayoría de los muchachos de 80 años, curiosamente recordamos lo lejano y se nos olvidan los acontecimientos, entre más cercanos más y mejor. Raro, ¿verdad? Pues sí, hoy recuerdo mucho mi primera infancia, aunque se les haga una mentira de ciencia ficción. Me acuerdo que al tranvía que cruzaba mi colonia San Rafael (CDMX) lo llamaba “la máquina convenciente”. Nadie, ni yo misma, supimos jamás lo que quería decir con esa exótica palabra. A la almohadita con que dormía le puse Brum Brum. El eufemismo utilizado para decir “caca”, palabra que la familia aborrecía por lo vulgar, era el elegante término de *cué*, o *cueto*... “Quiero hacer *cué*”, le decía a Mamanita. Y cuando supe que había un apellido igual, mis cinco años de edad se estremecieron de puritito asombro... y también de piedad para quien lo llevaba.

Asimismo me acuerdo que a los seis años empecé a fumar Faritos que una sirvienta me convidaba. ¡Cuando me descubrieron, el escándalo fue mayor que el que puede producir un avión presidencial! Yo era obediente y más si me

corrégían provocándome susto, así es que dejé el vicio hasta los 24 años que volví a tomarlo con mexicana alegría.

Mi prima, la de mi misma edad, me engañó durante un año diciéndome que ella podía ir al excusado a hacer chis sin mojar sus calzoncitos. De ahí en adelante, mi vida se convirtió en una constante amonestación por “hacerme” en los calzones, hasta que descubrí el truco con que mi prima me veía la cara. Cuando no quería comer algo, lo tiraba en las macetas del comedor siempre que Mamanita se encontraba distraída. Un día todos olieron mal al entrar a desayunar, hasta que fueron sacando los desperdicios podridos de la comida que daba yo de comer a las plantitas. Otra corta época de reconvenciones. Y aquí le paro. En alguna otra ocasión les contaré de mis perversísimas venganzas hacia “los grandes”. Abur...

El miedo

Otra de las cosas que observo en este ser (supuestamente yo) es la notoria ternura que con los años me crece por los animalitos. Por cualquier animal que no pertenezca a la especie de los insectos, lo cual me crea en mi conciencia una deplorable mancha racista que me asocia, desde luego y abyectamente, con la estupidez de los humanos, lo cual considero mi pecado original. Pero el sólo pensar en patas como filamentos, negras briznas, antenas, puñales diminutos en su criminal función de colas venenosas, me estremezco, me obligan a alejarme hasta de su pensamiento.

No obstante, todo esto me parece que no es tan original. La gente conoce este indescriptible y misterioso rechazo a infinidad de cosas animadas o no. Sin embargo, hay una fobia en la que no he hallado a muchos semejantes que, como yo, sufran con un repudio y un horror invencibles ¡hacia las mariposas! Una mariposa —del tipo que sea— volando sobre mi cabeza ha hecho que a través de mi larga existencia me haya arriesgado a perderla más de una vez con tal de evadir a esa volátil presencia. Como, por ejemplo: en una ocasión iba en un auto que mi esposo conducía a 100 kilómetros por

hora. Por la ventanilla entró una mariposa. Sin pronunciar palabra tomé la manija de la portezuela y por instantes estuve a punto de abrirla y echarme a la carretera. Gracias a que él intuyó lo que yo intentaba hacer y me sujetó con una mano, sin dejar de manejar; así me impidió morir, asesinada de terror por una linda mariposa. De esta manera pienso que el hombre nace temiendo y al parecer muere con miedo. Esas fobias, todos lo sabemos, sólo reflejan el verdadero miedo, el único, de la certeza de que vamos a morir. Y el temor lo ponemos desde una cáscara de plátano que nos haga resbalar a la tumba, hasta la amenaza de una tercera guerra mundial, como la posibilidad de una pandemia, como en cada uno de los peligros de muerte a los que, como seres finitos, somos víctimas propiciatorias. Y yo pienso: las mariposas como el armamento nuclear, o como un fuerte resfriado; finalmente todo fluye hacia el desprendimiento, hacia lo inimaginable.

Y es curioso que podamos ser felices, plácidos y hasta buenos, dentro de otro misterio tan grande o más que la misma muerte y que se nos abre día con día; el enigma que significa imaginar lo que nos suceda en la vida.

Un domingo diferente

En mi familia, grandes y chicos esperábamos el domingo apenas amanecía el día siguiente, lunes. Es decir, lo aguardábamos ilusionados toda la semana. Los grandes dejaban de trabajar y los chicos de ir a la escuela. Eran suficientes motivos para festejar ese momento en que la rutina se iba a la porra. Por ejemplo, Mamanita se rendía al placer de comer uno de sus platillos favoritos: el espinazo de res, al cual llamaba de manera absurdamente mimosa, “mi cola”.

Así que, después de misa de siete de la mañana y después del desayuno, a las once, se iba al mercado a comprar “su cola”, que saborearía antes de irnos todos al Teatro Hidalgo a ver zarzuelas. Pero un domingo volvió a la casa cabizbaja y sin sonrisa porque —aunque se le hacía imposible aceptarlo— en ningún puesto del mercado de San Juan —al que siempre iba— encontró el mentado espinazo de res. De cualquier forma, empezaba el domingo y todo se transformaba en otra cosa. La Tialí, con su plumerito, sacudía los muebles recitando “Pasó con su madre.../ ¡Qué rubios cabellos...”, etc., o cualquier otro poema de Neruo, o bien de Salvador Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera o López Velarde; Mamanita, junto con mis tías, hacían lo demás del quehacer de la casa, mientras una

de ellas cocinaba. Así es que, después de terminar con estas tareas, se encendía el enorme radio (con consola) que estaba en la sala y se buscaba la estación XELA, que tocaba todo el tiempo música clásica. Sin embargo, los tíos y mis abuelos se levantaban a cada rato para hacer tal o cual cosa o contestar el teléfono. Nadie se estaba quieto escuchando la música. Ya iban, ya venían. Los niños jugábamos a la roña. Total, la única que se mantenía atenta a los conciertos que emitía la radio era la Tialí. Por fin, pasadas las horas, ya comidos y muy arreglados, nos subíamos en Lázaro, el forcito 37, sentados unos sobre los otros para poder caber los 15 miembros de la familia, entre grandes y chicos.

Llegábamos al teatro. La misma acomodadora nos llevaba a nuestros mismos lugares que ocupábamos domingo a domingo. La función empezaba. Silencio, niños. En esa ocasión pusieron una zarzuela (que por desgracia ya no me acuerdo cuál fue), en donde había una escena muy romántica: dos enamorados, sentados en una banca de un jardín, se murmuraban palabras de amor. Todo el público apenas si respiraba, nadie movía un dedo, estáticos como hipnotizados; el silencio parecía aturdir mis oídos. Me volví hacia Mamanita y la vi con la barbilla sobre el pecho, dormía profunda, profundamente. En tanto, en la escena, él le decía a su amada “Dame un besito”, ¡y en ese instante despierta mi abuela y grita (aún soñando)! “¡¡¡DAME MI COLA!!!”. Y se armó el infierno en la tierra. Todo el teatro volvió sus miradas hacia nosotros. Mamanita acabó de despertar y miraba a todos con ojos azorados todavía sin comprender. Los niños nos retorcíamos por las carcajadas. En la sala se disparó un rumor de abejas enloquecidas. Los actores suspendieron su diálogo y no sabían qué hacer.

Prendieron las luces del teatro y un señor y una acomodadora se acercaron a nosotros para pedirnos que saliéramos de la sala. Finalmente, mi abuelo convenció a este señor (el administrador) de lo involuntario y abochornados que estábamos por haber interrumpido la función, pero ya Mamane no quiso permanecer y apenas empezando a gozar de la zarzuela nos tuvimos que regresar a la casa. Todavía en la noche, los primos y yo seguíamos riendo con el riesgo de ser severamente castigados.

Delfina Careaga, escritora mexicana. En 1974 recibió la mención honorífica en el Concurso Continental de Cuento, promovido por el Instituto Nacional de Bellas Artes y la Casa de la Cultura de Puebla, por el cuento “Nada importante”, y en 1975, con la obra *Oscuro fondo del túnel*. En 1978 recibió el Premio Nacional de Cine (con la coautoría de la dramaturga Sabina Berman) por el guion *La Tía Alejandra*, otorgado por la Sociedad General de Escritores de México. En 1979 obtuvo la mención honorífica por el guion para cine *Nomeolvides en el viento: mariposas*, otorgado por la SOGEM. En 1980 recibió el Ariel de plata otorgado por la Secretaría de Radio, Televisión y Cine, al mejor argumento del año: *La Tía Alejandra*, película de largometraje dirigida por Arturo Ripstein y producida por Conacine I. En 2000 recibió la Presea de Oro “Estado de México” 1999, “Sor Juana Inés de la Cruz”, en el área de Artes y Letras. Obras puestas en escena en Toluca: *Una tal Raimunda*, *El Cielo*, *Cuando hayamos crecido*, *La Red* (coautor Esvón Gamaliel), *La verdadera historia del hombre iguana* (coautor Esvón Gamaliel), *BU, un perrito encantador*, *Morelos* (inédita), y *Antonieta Rivas Mercado* (inédita). Sus libros publicados son: *Una muñeca vestida de azul*, *Alquimia*, *Cosas del tiempo y otros fantasmas*, *El Cielo*, *Sor Juana Inés de la Cruz* (historieta), *Sor Juana Inés de la Cruz* (novela juvenil), *Nezahualcóyotl. La vida del rey poeta*, *El infausto eclipse de las hadas*, *Las victorias inadvertidas*, *Las profundidades vacías* (dos obras de teatro: “Una tal Raimunda” y “El Cielo”), *La representación bastarda: trilogía dramática* (tres obras de teatro en coautoría con Esvón Gamaliel: “La red”, “La verdadera historia del hombre iguana” y “El espacio blanco de Midicha”), *La ciudad es nuestra* (cuento “La escritora”), *Una ciudad tan bella* (cuento “En otras palabras”), *Memoria no es olvido*, *Historias de vida de 50 personas de la tercera edad para el municipio de Toluca*, *Como al principio el final, son cuentos de nunca acabar* y *La ficción entrometida*, entre otras obras.

QUERIENDO SER

Libro de cuentos breves donde los personajes reclaman un sitio en la vida. ¿Cómo? Negando la nada que los sustenta. Al igual, a los humanos nos mueve el instinto de SER (nombrados), de SER (vistos y hasta respetados), simplemente queriendo engañar y engañarnos con el viejo truco de ocultar nuestra ignorancia existencial. Y nos conformamos con creer que sabemos la verdad, que creemos SER, y hacernos de una posición, una visión personal de la vida y de la muerte, de la ética, y una conducta, no importa si dentro del bien o del mal es igual que sea coherente o no lo sea, pero que nos identifique gracias a esa razón (o sinrazón) que nos damos para vivir. Postulemos, pues, la engañifa universal, porque al temor de que no haya nada sucede el de que haya algo.

Existir es sacar provecho de nuestra parte de irrealidad, es vibrar al contacto con el vacío que está en nosotros y rechazarlo SIENDO.

Estos cuentos sencillos proponen un final que traspasa nuestras medidas de "realidad". Los personajes de pronto caen en la cuenta de su propia e inevitable inanidad, pero la tentación de existir (como decía el filósofo Cioran) los induce a dar la voltereta en lo insustancial y al final hacer el milagro. El milagro que, en definitiva y paradójicamente, es inventar la vida misma.

SDC

